

- ESTEBAN (Bebiendo un trago.) ¡Gracias! Ya me siento bien. (Poniéndose de pie.) Esto no ha sido nada. ¡A continuar, camaradas!
- CATALINA ¡Buen susto me diste!
- PABLO (Que ha estado examinando con el señor Richomme el andamiaje que sostiene las excavaciones hechas en la roca.) Oye, Belisario, ¿te has propuesto tú tomarle el pelo a la gente?
- BELISARIO ¿Yo? ¿Por qué me dice usted eso, señor Negrel?
- PABLO Porque el día menos pensado vais a quedaros aquí, bajo tierra.
- BELISARIO No tenga usted cuidado. Está fuerte.
- PABLO ¿Cómo fuerte? A vosotros, por lo visto, os entra por un oído y os sale por otro todo lo que se os manda. Pero, ¿no ves que la roca está ya agrietada y que no habéis puesto estacas suficientes? Sois todos iguales. Os dejaríais romper la crisma antes que abandonar el filón. (Suenan murmullos de descontento.)
- BELISARIO (Entre dientes.) ¡Conchos! Si no hay paciencia...
- PABLO Ahora mismo me vas a hacer eso. Y sin replicar.
- CHAVAL Pero...
- BELISARIO Señor Negrel...
- CHAVAL ¿Quién va a querer su pellejo más que uno mismo?
- PABLO ¡Pero voto a todos los santos de la corte celestial! Cuando os hayáis estampado los sesos, ¿quién va a pagar los vidrios rotos? La compañía será la que tenga que señalaros pensiones a vosotros y a vuestras familias.
- BELISARIO Si nos pagaran como Dios manda, afianzaríamos mejor.
- PABLO A trabajar. Y os advierto que la cuadrilla tiene tres francos de multa. (Se oyen nuevos murmullos de desaprobación. Pablo Negrel y el señor Richomme salen por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME.

- CHAVAL ¿Qué hacemos Belisario?
- BELISARIO No mover ni una estaca. Si se hunde, que se hunda. Mejor, así dejaremos de penar.
- ESTEBAN ¡Ah! sí, es verdad; Catalina, me voy. Vale más reventar de hambre en la cuneta de un camino que sufrir en este infierno por un sueldo irrisorio que no sirve ni para cubrir las necesidades más penatorias de un hombre. Catalina, siento una ansia ardiente de sol y de aire libre. ¡Este ambiente me sofoca, estas tinieblas me enloquecen!
- CATALINA (Con tristeza.) ¿Te quieres ir? ¡Ah! ¿Por qué has venido?

ESCENA IV

Dichos, PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME por la izquierda.

- PABLO (Al señor Richomme.) ¿Lo ves? Me lo figuraba. Cuando te digo que se están burlando de uno... (A Belisario.) ¡Rayos y truenos! ¿No sirves aquí para nada?
- BELISARIO Es que...
- PABLO Sí, ya sé lo que vas a decirme. Que se os pague mejor, ¿no es eso? Pues te advierto que vais a obligar a la Compañía a hacer una cosa: a pagaros el afianzamiento aparte y reducir proporcionalmente el precio de la carretilla. Richomme, vigila para que se cumplan mis órdenes. (Se va por la izquierda.)
- RICHOM. (Brutalmente.) Todos los días he de sufrir una reprimenda por vosotros. Pues a fe que no serán tres francos de multa los que yo os imponga. Tened mucho ojo

- connmigo. Y tú, Belisario, ya sabes, lo que te toca. (Se va por la izquierda.)
- BELISARIO ¡Ah! no, lo que no es justo no es justo. Estos canallas acaban por ponerle a uno como un perro rabioso. Será preciso defenderse ¡conchos!
- CHAVAL ¡Pues claro!
- ESTEBAN (Para sí.) Sí, sí, tienen razón.
- CHAVAL Pero, ¿cómo? ¡Ah! si hubiese en la mina una cabeza...
- BELISARIO ¿Aún quieren pagarnos menos? ¡Disminuir el precio de la carretilla!
- CHAVAL (Provocando siempre a Esteban.) ¡Claro! Cogen para trabajar a gandules que se sirven de sus remos como un cerdo puede servirse de sus patas. (Movimiento de ira en Esteban. Catalina le contiene.)
- CATALINA No le hagas caso, Esteban. No seas tonto. ¿No ves que tiene ganas de disputa?
- CHAVAL (Yendo a interponerse bruscamente entre Catalina y Esteban.) ¡Te prohibo que hables a esa mujer!
- ESTEBAN ¿A mí? ¡Imbécil!
- CHAVAL A ti.
- ESTEBAN ¡Eso lo veremos!
- CHAVAL Y pronto.
- BELISARIO ¿Aún tenéis humor de disputaros por mujeres, cuando nos quitan el poco pan que podemos llevarnos a la boca? ¡Ea, basta! Y a afanzar. No nos queda otro remedio.
- CATALINA Esteban, ¿te vas por fin?
- ESTEBAN (Mirando a Chaval con gesto de desafío.) No, ya no me voy, Catalina. Por ti y por todos. Quiero sufrir a vuestro lado; luchar por vosotros.
- CATALINA (Estrechándole efusivamente la mano.) ¡Gracias, Esteban!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

### CUADRO III

#### EL HUNDIMIENTO

Sala pobre en casa de la Nicanora. Puerta al foro. En el centro del testero derecho de la estancia, un chinero de pino pintado. Mesa de pino y sillas de la misma madera. A la izquierda, primer término, una puertecilla con escalera, que conduce a los altos.

#### ESCENA PRIMERA

La NICANORA sentada en una silla baja, cosiendo, con un niño de pecho en el regazo. ADELA, de pie, ante el chinero.

- ADELA Madre, el chinero está vacío. No hay siquiera ni un triste pedazo de pan.
- NICANORA Pues, mira, nos pasaremos como otras veces, con col hervida nada más.
- ADELA Pero tú no puedes pasarlo así. Estrella mama sin parar. Y el pobre padre que trabaja tanto...
- NICANORA ¡Qué quieres, hija mía! Entre todos no me traéis más que diez pesetas. ¡Cómo quieres que dé abasto para todo, con esa miseria! Somos seis bocas en la casa.
- ADELA ¿Y el franco de Esteban, que ahora vive con nosotros?
- NICANORA Tú no cuentas con los domingos, ni con los días en que no hay trabajo.

Germinal.—2

UNIVERSITÄT LEIN  
ALEJANDRO REYES  
Apto. 1625 ACHERLEY, MEXICO

- ADELA Sí, madre, tienes razón.  
NICANORA Y que con el franco de Esteban no hay que contar, pues desde que atrapó las fiebres en la mina, más bien está a cargo nuestro, que nos beneficia.
- ADELA ¿No te dijeron las señoras de la Villa-Cecilia que hoy vendrían a verte?
- NICANORA Sí, ayer tarde, que fué cuando me las encontré. Iban repartiendo vestidos a los niños pobres. Si hoy, al menos, me diesen algún dinero...
- ADELA ¡Qué bien nos vendría!
- NICANORA Mira, Adelita, no se adelanta nada charlando. A ver como te las compones para que, al menos, tengamos sopa. (La Nicanora se adormece y empieza a dar cabezadas.)
- ADELA Madre, te duermes. No vayas a tirar a Estrella.
- NICANORA Lleva una, una vida tan perra, que se dormiría en la punta de un chuzo.
- ADELA Madre, como Dios no haga un milagro, no sé con qué voy a hacer la sopa.
- NICANORA ¿Por qué no te llegas a la tienda a ver si nos quieren fiar dos panes?
- ADELA Ya estuve esta mañana.
- NICANORA ¿Y qué?
- ADELA Que por poco me pegan.
- NICANORA ¡Claro! les debemos una porrada de francos... Es un atraso que data de algunos meses y hasta ahora no hemos podido ponernos al corriente. ¡Ay! los atrasos son como las cuentas de un rosario, que se van engarzando unas con otras...
- ADELA ¿Qué hacemos?
- NICANORA No lo sé. ¡Y que cuando vuelvan los hombres de la mina, hay que darles de comer a todo trance!
- ADELA Estamos frescas.
- NICANORA Pues ¡digo cuando se levante el abuelo, que lo primero que pide es la sopa!...
- ADELA Ya baja. Le oigo toser.

## ESCENA II

La NICANORA, ADELA y BUENA MUERTE, que baja por la escalera de la izquierda con su pipa en la mano.

- BUENA (Yéndose a sentar en la mesa.) ¡Buenos días! La sopa.
- NICANORA (A Adela.) En cuanto abre los ojos, abre el buche, como los pájaros. Dios la diera, abuelo. No hay de qué...
- BUENA (Con filosófica resignación.) Fumaremos.
- ADELA Pues, madre, piensa lo que hay que hacer, porque el tiempo pasa.
- NICANORA Como no quieras que me vuelva yo dinero... Cuando pienso que quieren dejar al abuelo sin trabajo... Abuelo, ¿no es cierto que el médico de la Compañía se engaña, que aun puede usted trabajar?
- BUENA ¿Quién lo duda? Las piernas nada tienen que ver. ¡Cuentos que inventan para no tener que darme una pensión!
- NICANORA ¡Dios mío! Pronto acabaremos, si esto continúa.
- BUENA Cuando uno está muerto no tiene hambre.
- ADELA (Que ha salido a la puerta para tirar algo.) Madre, las señoras de la Villa-Cecilia vienen a vernos.
- NICANORA (Poniéndose de pie, muy gozosa.) ¡Dios nos las envía!

## ESCENA III

La NICANORA, ADELA, BUENA MUERTE, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por la puerta del foro. Las dos mujeres llevan paquetes en las manos.

- NICANORA (Precipitándose a su encuentro.) ¡Oh! señoras... Tanto bueno por mi casa... Siéntense ustedes. Adela, sillas para los señores. (Se sientan todos.)

- ROSALÍA (Por Adela.) Vamos, que ya tiene usted aquí una mujercita. ¡Qué ama de casa tan graciosa!
- NICANORA Sí, me sirve de mucho. Es activa y muy servicial.
- TOMÁS No es poca suerte.
- ROSALÍA (Entregándole a Nicanora sus paquetes y los de Cecilia, que toma de sus manos.) Aquí les traemos a ustedes dos trajecitos de lana y otras frioleras.
- NICANORA ¡Oh, gracias! Dios se lo pague a ustedes. Son ustedes muy buenos. (De seguro que me dan unos cuantos sueldos.)
- ROSALÍA ¿No tiene más que estos dos, Nicanora?
- NICANORA Y otros cinco que andan en la mina.
- TOMÁS ¡Siete hijos! Pero ¿por qué?
- ROSALÍA ¡Claro!
- TOMÁS Es imprudente.
- NICANORA ¿Qué quiere usted, señora, una no tiene cuidado y los chicos vienen como los hongos. Pero a bien, que nunca estorban. Acaban siempre por traer un pan a la casa. Sin embargo, hay épocas bien duras.
- TOMÁS Todo no marcha en este mundo como Dios manda, buena mujer, pero tampoco puede negarse que los obreros carecen casi siempre de previsión. Así, que en vez de ahorrar como suelen hacer nuestros hombres del campo, los mineros beben, contraen deudas y acaban por no poder alimentar a su familia.
- NICANORA El señor tiene razón. No siempre se porta uno como es debido. Es lo que yo les digo siempre a esos pícaros cuando se quejan. Yo no he tenido desgracia. Mi marido no bebe. Los domingos toma su copita de más, pero de ahí no pasa. Esto no quita para que una tenga días—por ejemplo, el de hoy—que por más que una registre ni desenvuelva los repliegues de

- su bolsillo, no sale ni un mal sueldo por ninguna parte.
- ROSALÍA Lo que decía mi marido... La falta de previsión... el vicio...
- NICANORA ¡Ah! no, señora; es que uno no gana lo bastante. Y luego, que es preciso que se beba de cuando en cuando para barrer del estómago el polvo del carbón.
- TOMÁS ¡Mal hecho!
- NICANORA ¿Qué quiere usted? De todos modos estamos tan atrasados... Hoy, ya se lo he dicho a ustedes, aunque me cortaran en pedazos no me sacarían ni un céntimo. No tengo nada, absolutamente nada. (silencio egoísta de don Tomás y doña Rosalía.) ¡Oh! no me quejo de vicio. Las cosas hay que tomarlas tal como vienen... Así como así no vamos a cambiar la marcha del mundo. Lo mejor es—¿no es verdad, señoritos?—portarse honradamente y contentarse con el puesto que Dios le ha dado a uno en la tierra.
- TOMÁS ¡Muy bien, Nicanora! Con tales sentimientos se es superior al infortunio.
- NICANORA Si los señoritos... quisieran...
- TOMÁS (Levantándose.) No podemos. No acostumbramos a dar dinero. ¡Quédate con Dios, Nicanora! Con eso tus hijos no tendrán frío. (Por los paquetes que les han dejado.)
- NICANORA (Acompañándolos hasta la puerta.) ¡Gracias! ¡Gracias, señoritos! Son ustedes muy buenos. (¡Tacaños, roñosos! Lástima de palique...) (Doña Rosalía, Cecilia y don Tomás se van por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Dichos, menos DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA. La ROSA y la LORENZA por el foro, pocos momentos después de haber salido aquellos.

LORENZA ¡Quéjate, Nicanora! ¡Vaya unas visitas que tienes!

ROSA (Fijándose en los paquetes.) Y productivas, por lo visto.

NICANORA Miseria y compañía. Mucho trapo, pero ni la sombra de un sueldo.

LORENZA Con eso creen que nos engañan esos señores accionistas que se engullen millones como si fuesen agua, mientras nuestros hombres se los ganan en la mina para morir después de hambre.

ROSA Pues ¿y la vida que se dan?

LORENZA Sí, la Julia, su doncella, nos ha dicho que se dan todos los gustos.

ROSA Y que todo les parece poco para la señorita.

LORENZA Sienten adoración por ella.

ROSA Tiene dos caballos... coches. Los trajes le vienen de París.

LORENZA Quisieran ponerla en un altar.

NICANORA En cambio, las nuestras, tienen que trabajar como unas arrastradas.

ADELA Madre, los hombres van a venir y no hay nada todavía.

NICANORA (Tomando los paquetes que le han dado los señores de la Villa Cecilia.) Toma, corre; lleva a empeñar esto. ¡Ah! y tráete patatas y todo lo que te haga falta. Sobre todo el café. ¡Que no se te olvide el café!

LORENZA ¡Chica! te tratas como una burguesa.

ROSA Todo está por las nubes.

LORENZA Hoy he pagado los huevos a veinte.

ROSA Es preciso que esto truene.

NICANORA ¡Dios mío! ¿Por qué han de tener los unos tanto, y los otros tan poco?

ESCENA V

Dichos y ESTEBAN, que baja por la escalera de la izquierda, a tiempo de oír las últimas palabras que pronuncia la Nicanora. Poco después BUENA MUERTE, que entra por la puerta del foro, fumando siempre en su pipa y silencioso, va a sentarse a la mesa que hay en la estancia.

ESTEBAN Es lo que yo me digo. ¿Por qué tanta miseria para unos, para qué tanta riqueza para otros? ¿Por qué han de sufrir los más el yugo irritante de los menos? ¿No sería mejor la igualdad de todos los hombres, una justa partición de todos los bienes de la tierra?

LORENZA (Oyéndole extasiada.) Pero ¡qué bien habla!

ROSA Y ¡cuánta razón tiene!

ESTEBAN Trabajamos como verdaderos brutos en una faena terrible, que en otros tiempos era el castigo de los presidiarios. Nos jugamos la vida a cada momento. Y todo ¿para qué? Para que al cabo no podamos tener carne en nuestra mesa.

NICANORA Lo triste es, Esteban, cuando uno se dice que la cosa no tiene remedio; cuando uno es joven, uno se figura que la dicha nos sonríe a pocos pasos. Se espera siempre un suceso imprevisto que ha de traérnosla consigo. Y luego, nada. Vuelve a comenzar la miseria; es una cárcel de la que uno no puede salir. Yo no quiero mal a nadie, pero hay veces que tanta injusticia me subleva.

BUENA ¡Bah! En mis tiempos no se devanaba uno los sesos así. Se nacía en el carbón y se moría en el carbón sin decir oste ni moste. Pero lo que es ahora sopla un viento de rebelión que nos viene no sé de dónde y que nos llena la chola de deseos imposibles. Los jefes son casi siempre unos canallas; pero serán siempre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940 1625 MONTERREY, MEXICO

jefes, ¿no es cierto? ¿Para qué dar co-  
ces contra el aguijón?

ESTEBAN Si se puede tomar el puesto del vecino,  
¿por qué no intentarlo siendo el más  
fuerte?

NICANORA En cuanto uno se mueve le entregan su  
libreta. El abuelo tiene razón. Siempre  
será el minero el que pague el pato, sin  
que la perspectiva de un pedazo de carne  
le sonría de cuando en cuando. (En este  
momento entra Adela por el foro con lo que ha traído  
de la tienda, y se pone a mondar patatas delante del  
chínero.) Si al menos existiera ese cielo de  
que nos hablan los curas...

BUENA Lo único cierto es que estamos fastidia-  
dos, bien fastidiados.

ESTEBAN (Exaltándose por grados.) ¿Es que tenéis vos-  
otros necesidad de un Dios y del paraíso  
que os promete para ser dichosos? ¿No  
podéis vosotros mismos, con el sudor de  
vuestra frente, con el esfuerzo de vues-  
tras manos, con el poder omnímodo de  
vuestra voluntad, labraros vuestra dicha  
en la tierra? ¿No véis que el horizonte  
se ilumina con un nuevo trazo de luz que  
viene a iluminar de repente vuestro rudo  
calvario de mineros? ¿Pues qué, vais a  
contentaros siempre con la incesante re-  
novación de vuestra miseria, con este  
degradante trabajo de brutos, con este  
triste destino de rebaño que da su lana  
para que le degüellen? ¡No! Ya veo  
surgir de entre los escombros de este  
mundo podrido que se derrumba, a una  
humanidad nueva que ha purgado ya sus  
crímenes, a un pueblo de trabajadores  
que ostenta por divisa: a cada cual se-  
gún sus méritos, y a cada mérito según  
sus obras. (Todos le escuchan como embelesados.)

NICANORA (Como volviendo de un sueño.) No, no puede  
ser. Son sueños nada más. No debe uno  
de pensar en eso, porque luego la vida se

hace abominable y le entran a uno ganas  
de aniquilarlo todo para ser dichoso.

BUENA No le hagas caso, Nicanora. ¿Pues qué,  
los burgueses habían de consentir nunca  
en trabajar como nosotros?

ESTEBAN ¿Y la justicia, Nicanora? ¿No crees en  
la justicia?

NICANORA ¡Ah, en eso sí! Cuando tengo razón me  
haría matar.

BUENA (Pegando un puñetazo en la mesa.) ¡Rayos y  
truenos! No soy rico, pero daría un fran-  
co para no morirme antes de haberlo vis-  
to. (Con ironía.) ¿Y tardará esto mucho?  
Eso depende de nosotros.

ESTEBAN Oye, eso de que nos hablas será como  
ADELA una casa muy bonita y muy caliente en  
donde los niños pueden jugar todo lo que  
quieran. (En este momento se oye como el estam-  
pido lejano de un trueno. Todos los personajes se que-  
dan helados de espanto.)

NICANORA (Levantándose, llena de terror.) Eso ha sido en  
la mina. ¡Dios mío! Adela, toma a la  
niña. (Se la entrega y se dispone a salir por la puer-  
ta del foro.)

BUENA ¡Un hundimiento!

LORENZA ¡Virgen bendita! Y los hombres aún no  
han salido.

NICANORA ¿Qué nueva desgracia nos amenaza?...  
Corramos.

### ESCENA VI

Dichos. Grupo de mujeres que invaden la escena. Algunas se quedan  
fuera del umbral de la puerta.

MUJER 1 (A Nicanora.) ¿Oíste?

NICANORA ¡Pues no...!

MUJER 2 Estamos perdidas.

MUJER 3 Nos matan los hombres.

MUJER 1 Por un mendrugo de pan.

MUJER 2 Para que nos muramos de hambre.

MUJER 3 Es inicuo.  
 MUJER 1 Brutal.  
 MUJER 2 No debe tolerarse.  
 MUJER 3 No, no queremos pan amasado con sangre.  
 NICANORA Pero ¿qué hacemos así? Corramos. Yo aquí acabaría por volverme loca. (Va a salir por segunda vez.)

ESCENA VII

Dichos, CATALINA, por el foro, a todo correr. Todas se apartan para abrirle paso. Trae el dolor y el espanto retratados en el semblante. La Nicanora, casi en el umbral de la puerta, retrocede horrorizada al verla.

NICANORA ¿Qué?... ¿Qué?...  
 CATALINA ¡Madre, madre!  
 NICANORA ¡Habla! ¿Tu padre? ¿Muerto?  
 CATALINA No, no.  
 NICANORA Pues ¿quién? ¡Habla!  
 CATALINA (Prorrumpiendo en amargo sollozo.) ¡Juanillo!... ¡Juanillo!...  
 NICANORA (Cayendo en una silla y poniéndose a llorar también.) ¡Dios mío! Y para esto hemos nacido...  
 ADELA ¡Madre, madrecita de mi alma, yo también me quiero morir!  
 ESTEBAN Calma. Sepamos primero lo que es.  
 BUENA (Pegando otro puñetazo sobre la mesa y poniéndose de pie.) ¡Calma! ¡Rayos y centellas que los partan a todos!  
 MUJER 1 (Desde el umbral.) Ya los traen.  
 MUJER 2 Son varios.  
 MUJER 3 (A la Mujer 1.<sup>a</sup>) Uno de ellos es Roberto. ¡Tu marido!  
 MUJER 1 (Saliendo del grupo que está en la sala y echando a correr como loca, por la puerta del foro.) ¡Mi marido! ¡Infames! ¡Canallas! ¡Asesinos!

ESCENA VIII

Dichos, menos la MUJER 1.<sup>a</sup> y un grupo pequeño de ellas, que sale en su seguimiento. Queda en escena otro grupo bastante numeroso. Dos mineros, que traen, en una camilla, el cuerpo exánime de JUANILLO. Detrás, BELISARIO, CHAVAL, grupo de mineros y el DOCTOR MOREL poco después.

BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!  
 NICANORA ¿Muerto?  
 BELISARIO Las dos piernas rotas.  
 NICANORA ¿Nos lisan a los chicos? ¿Qué quieren que haga yo ahora con él?  
 DOCTOR (Entrando por el foro.) ¡Cállate! ¿Hubieras preferido que te lo trajeran muerto? (Se arrodilla delante de Juanillo, que está envuelto en una manta, y comienza a examinarlo. Todos le rodean ansiosamente.)  
 NICANORA ¡Ah! suerte cochina, ¿cuándo te cansarás de perseguirme? Dígame usted, Doctor, ¿y de dónde saco yo ahora el dinero para alimentar lisiados? El abuelo ya no nos sirve, y ahora el chico pierde las dos piernas. ¡Dios mío! ¡Dios mío!  
 BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!  
 MUJER 1 (Afuera.) ¡Canallas! ¡Infames! ¡Asesinos!  
 JUANILLO (Abriendo los ojos.) ¡Madre! Tengo sed. Dame agua.  
 NICANORA (Echándose desolada encima de su hijo.) ¡Juanillo! ¡Juanillo de mi alma! (Se oye un fuerte sollozo de Buena Muerte. Todos los personajes se muestran hondamente conmovidos. Algunas mujeres lloran.)  
 DOCTOR ¿Por qué lloráis? ¿No veis que no está muerto? Mejor hiciérais en ayudarme. A ver, a su cuarto. Subidlo. Traedme, también, un balde de agua. (Dos mineros sacan a Juanillo de la camilla, envuelto en la manta y lo suben por la escalera de la izquierda.)  
 BELISARIO ¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos!  
 BUENA ¿Qué aguardas, Esteban?